MUSICA

TRIUNFAL REAPARICIÓN DE RUBINSTEIN

Con un recital en el Palacio de la Música

Por ANTONIO FERNANDEZ-CID

Cuando en el descanso del recital de Rubinstein se repartieron unas hojas que anunciaban un segundo programa del gran artista, se produjo la más inmediata movilización hacia las taquillas para adquirir ya las nuevas entradas. Al concluir el concierto, se repitió, multiplicado, el espectáculo: quienes habían aplaudido a Rubinstein eran los primeros en asegurarse la posibilidad de volver a disfrutar con sus versiones. Ello, como la estampa del Palacio de la Música literalmente abarrotado, como los aplausos inacabables de saludo y las ovaciones de varios minutos al terminar la sesión cuando, luego de tres «bises», el pianista explicaba con gesto que era tarde y tras la escena trabajaban ya para la reinstalación de la pantalla cinematográfica, todo, en resumen, vino a comprobar que la popularidad de Rubinstein conserva toda su fuerza. El, por su parte, se encargó de explicarnos que las bases de esa popularidad no tienen por qué apoyarse tan sólo en razones sentimentales, sino en realidades brillantísimas, de artista en plenitud: por la técnica, por la seguridad y por la «inspiración» personalísima.

De tantas cualidades propicias, quizá sea esta de la personalidad inconfundible, del temperamento rico, pero no desquiciado, la mezcla de musculatura formal y delicadeza expresiva, de estilo viril y capacidad para el matiz más tierno, lo que contagia y enciende.

Rubinstein, presentado por «Conciertos Daniel», confeccionó un programa importante: con una bella sonata beethoveniana de primera época —la en «do mayor», op. 2, número 3—, el «Carnaval», de Schumann; las «Doce visiones fugitivas», de Prokofieff, con el innecesario pero deliciosamente tocado apéndice de la marcha de «El amor de las tres naranjas» y un pequeño grupo chopiniano, con la «Balada en fa menor», «Dos estudios» y el «Andante spianato» y la «Polonesa en mi bemol». Sesión de prueba, extensa e intensa, rica en contrastes y muy dentro de lo que mejor conviene a su intérprete.

A veces, por piadoso impulso ante el veterano ilustre, ya no en forma, se establecen comentarios de tipo general, para huir de peligrosos detalles. Con Rubinstein lo que ocurre es que parece fuera de lugar esa glosa detallista, cuando se conoce bien la peculiaridad interpretativa y lo que importa es la visión conjunta. Pero también podría muy bien suscribirse un análisis que exaltase las virtudes y los aciertos individualizados de mil momentos. Muchos de la «Sonata», de Beethoven, sobre todo en los tiempos centrales y más aún dentro del «Scherzo», que aunó plenitud y gracia; la diafanidad con que se resaltaron las «visiones» de Prokofieff, o los estudios chopinianos. Sin embargo, y para el gusto personal, hubo tres momentos mágicos: multitud de períodos en el «Carnaval», de Schumann, tocados con una sensibilidad y una gracia expresiva fuera de lo corriente; el «Nocturno», de Chopin, regalado —¡qué filigrana se alcanzó en «Polichinela», de Villalobos!— y un «Andante spianato» dicho con tal poesía y encanto, con tal belleza de sonido, tal exactitud de «tempo» y de cantidad, tal seriedad y gracia de frasco a la par, que podrían considerse como versión de antología.

Rubinstein, el viejo eternamente joven, conserva el talismán de su pulsación, a veces sorprendente de su color sonoro, en el que como en la expresión admiramos el «cuerpo», la «carne», sin mengua de la inmaterialidad.

No hay nada que produzca más devoción y respeto al crítico que la estampa del artista, que ya podría ser capítulo de la Historia y sabe, al tiempo, sarlo del prente. Que merece el aplauso por lo que fue y significa y por lo que todavía es en lección de una envidiable y gloriosa pervivencia. Nadie como Rubinstein reúne la doble condición.

Antonio FERNANDEZ-CID